

LA FRATERNIDAD

La fraternidad es un elemento constitutivo de los franciscanos. El que se reconoce en el carisma de Francisco de Asís, hace suyo también este estilo particular de vida que caracteriza la identidad de una persona.

De hecho, la fraternidad no es una cualidad o un atributo, un accesorio que se puede tener o no, sino que es un elemento constitutivo de nuestra identidad. Decir que somos hermanos y hermanas significa reconocer ante todo que estamos en relación entre nosotros. Para quien cree, esta relación tiene su fundamento en una persona que está por encima de todos, de la cual todos dependemos y que por esto reconocemos como Padre. El Padre, siendo fuente común de la vida para cada persona humana, es reconocido también como origen de toda forma de vida, y por esto Francisco puede atribuir una relación de fraternidad también con las demás criaturas.

Por tanto, hoy quisiera abordar con ustedes estos tres puntos que surgen del concepto de fraternidad: 1. la relación constitutiva en las personas; 2. la relación constitutiva con Dios; 3. la relación constitutiva con las demás criaturas.

1. La relación constitutiva entre las personas

El concepto de fraternidad no es interpretado por todos del mismo modo. Pensemos en la idea de fraternidad que tenían los revolucionarios franceses. Esa idea de fraternidad, “fraternité”, era la bandera bajo la cual se reconocían no solamente los que se contraponían al viejo régimen. Era un ideal de oposición: la fraternidad del pueblo contra los privilegios del viejo régimen. Una idea de fraternidad “exclusiva”, que excluía a los que no querían reconocerse en los ideales revolucionarios. La idea de fraternidad que se evidencia de los escritos de Francisco y de su experiencia de vida, así como nos lo testimonian los hagiógrafos, es de todo otro tipo. Se trata de una idea “inclusiva”, donde encuentra lugar no sólo quien lo piensa como yo, sino también quien es muy diferente de mí, incluso aquella persona que yo humanamente no consideraría nunca digna de mi interés, como por ejemplo los maleantes.

Partamos de este pasaje de la *Leyenda de Perusa* para interpretar el concepto de fraternidad según Francisco.

En el eremitorio que los hermanos tienen encima de Borgo San Sepolcro, sucedió que venían, a veces, unos ladrones a pedir pan a los hermanos; vivían escondidos en los grandes bosques de la provincia, pero de vez en cuando salían de ellos para despojar a los viajeros en la calzada o en los caminos. Algunos hermanos del lugar decían: «No está bien que les demos limosnas, ya que son bandidos que infieren tantos y tan grandes males a los hombres». Otros, teniendo en cuenta que pedían limosna con humildad y obligados por gran necesidad, les socorrían algunas veces, exhortándoles, además, a que se convirtieran e hicieran penitencia.

Entre tanto llegó el bienaventurado Francisco al eremitorio. Y como los hermanos le pidieron su parecer sobre si debían o no socorrer a los bandidos, respondió: «Si hacéis lo que voy a deciros, tengo la confianza de que el Señor hará que ganéis las almas de esos hombres». Y les dijo: «Id a proveeros de buen pan y de buen vino y llevadlos al bosque donde sabéis que ellos viven y gritad: "¡Venid, hermanos bandidos! Somos vuestros hermanos y os traemos buen pan

y buen vino". En seguida acudirán a vuestra llamada. Tended un mantel en el suelo y colocad sobre él el pan y el vino y servídselos con humildad y buen talante. Después de la comida exponedles la palabra del Señor y por fin hacedles, por amor del Señor, un primer ruego: que os prometan que no golpearán ni harán mal a hombre alguno en su persona. Si pedís de ellos todo de una vez, no os harán caso. Los bandidos os lo prometerán al punto movidos por vuestra humildad y por el amor que les habéis mostrado. Al día siguiente, en atención a la promesa que os hicieron, les llevaréis, además de pan y vino, huevos y queso, y les serviréis mientras comen. Terminada la comida, les diréis: "¿Por qué estáis aquí todo el día pasando tanta hambre y tantas calamidades, maquinando y haciendo luego tanto mal? Si no os convertís de esto, perderéis vuestras almas. Más os valdría servir al Señor, que os deparará en esta vida lo necesario para vuestro cuerpo y luego salvará vuestras almas". Y el Señor, en su misericordia, les inspirará que se conviertan por la humildad y caridad que habéis tenido con ellos».

Se levantaron los hermanos y obraron según el consejo del bienaventurado Francisco. Los bandidos, por la gracia y la misericordia de Dios, que descendió sobre ellos, aceptaron y cumplieron a la letra punto por punto todas las peticiones hechas por los hermanos; y, agradecidos a la familiaridad y caridad que les mostraron los hermanos, empezaron a llevar a hombros leña para el eremitorio. Así, por la misericordia de Dios y gracias a la caridad y bondad que los hermanos tuvieron con ellos, unos ingresaron en la Religión, otros se convirtieron a la penitencia y prometieron ante los hermanos no cometer más tales fechorías y vivir en adelante del trabajo de sus manos.

Mucho se admiraron los hermanos y cuantos oyeron y conocieron lo sucedido con los ladrones; les hacía ver la santidad del bienaventurado Francisco: tan pronto se convirtieron al Señor quienes eran pérvidos e inicuos, según él lo había anunciado. (Leyenda de Perusa 115, FF 1646).

Lo que resulta de este pasaje es una especie de pedagogía de Francisco en el acercarse a quien está lejos, según la parábola del buen Samaritano, en la que Jesús nos recuerda que el prójimo no es quien está más cerca de mí, sino el prójimo es aquel a quien yo me acerco. Del mismo modo, podemos decir que hermano y hermana no son los que ya naturalmente están cerca de mí o que de algún modo yo puedo considerar cercanos a mi corazón, amigos queridos, hermanos en la fe. Hermano y hermana son todos aquellos a los que yo decido de acercarme para entretejer una relación de fraternidad. Incluso los "hermanos ladrones".

De este modo logramos entender mejor el sentido de la fraternidad franciscana. No se trata de hacer cosas bellas juntos, ni siquiera se trata necesariamente de vivir juntos. Es verdad que los frailes y las religiosas franciscanas viven en comunidad, pero la intuición de Francisco, el de la fraternidad como estilo de vida, es aceptable por cualquiera, siempre que entre en esta perspectiva y se ponga en relación con el otro sin pretender nada del otro, antes bien, donándose al otro en una relación de servicio.

Hay que añadir, en efecto, que no sólo Francisco se considera hermano de todos, sino considera a sí mismo y quiere que los hermanos sean considerados "menores", es decir hermanos más pequeños. Así otro elemento importante de la fraternidad, que está siempre acompañado por ella es aquel de la "minoridad". Lo vemos claramente en esta admonición escrita por Francisco para sus frailes, pero válida para todo franciscano.

Dichoso el siervo que no se tiene por mejor cuando es engrandecido y enaltecido por los hombres que cuando es tenido por vil, simple y despreciable, porque cuanto es el hombre ante Dios, tanto es y no más. ¡Ay de aquel religioso que ha sido colocado en lo alto por los otros y no quiere abajarse por su voluntad! Y dichoso aquel siervo que no es colocado en lo alto por su voluntad y desea estar siempre a los pies de otros (*Admonición 19, FF 169*).

Nuestro valor lo da la mirada de Dios sobre nosotros, no de nuestros cargos o títulos de estudio, riquezas o nombramientos prestigiosos. Es preciso saber ponernos siempre en el espíritu de servicio, en la lógica de la minoridad. Asimismo, se requiere tener una mirada pacificada sobre sí mismo y sobre los demás para poder entrar en esta lógica de la fraternidad. La fraternidad vivida pide no pretender nunca que el otro sea como yo lo quiero. Leamos este paso de la carta a un ministro, en la que Francisco proporciona una indicación preciosa a un ministro provincial, es decir, el superior de una provincia religiosa en los frailes, que se encuentra en dificultad porque no es escuchado y obedecido por los demás frailes.

A fray N... ministro. ¡El Señor te bendiga!

Acerca del caso de tu alma, te digo, como puedo, que todo aquello que te impide amar al Señor Dios, y quienquiera que sea para ti un impedimento, trátese de frailes o de otros, aun cuando te azotaran, debes tenerlo todo por gracia. Y así lo quieras y no otra cosa. Y tenlo esto por verdadera obediencia al Señor Dios y a mí, porque sé firmemente que ésta es verdadera obediencia.

Y ama a aquellos que te hacen esto. Y no quieras de ellos otra cosa, sino cuanto el Señor te dé. Y ámalos en esto; y no quieras que sean mejores cristianos. Y que esto sea para ti más que el eremitorio.

Y en esto quiero conocer si tú amas al Señor y a mí, siervo suyo y tuyo, si hicieras esto, a saber, que no haya hermano alguno en el mundo que haya pecado todo cuanto haya podido pecar, que, después que haya visto tus ojos, no se marche jamás sin tu misericordia, si pide misericordia. Y si él no pidiera misericordia, que tú le preguntes si quiere misericordia. Y si mil veces pecara después delante de tus ojos, ámalo más que a mí para esto, para que lo atraigas al Señor; y ten siempre misericordia de tales hermanos. (*Carta a un ministro*, 1-11, FF 234-235).

También en la comunidad fraterna de las Misioneras de la Realeza de Cristo es importante tratar de asumir esta actitud de fraternidad y de minoridad, por lo que cada una acoge a la otra sin pretender que sea mejor, sin pretender que sea como nosotros la queremos. Encontrarán en la comunidad fraterna personas muy diferentes de vosotras, quizás también personas con las cuales no quieran compartir esta elección de vida. Sin embargo, ser Misioneras significa ante todo vivir el carisma de Francisco en la fraternidad. No significa vivir juntas, no significa tener la misma opinión y las mismas ideas sobre todo asunto, antes bien, la fraternidad es mucho más rica cuanto más diversas son las personas que la componen.

La fraternidad no es la homologación y la mortificación de cada individualidad, sino es reconocer que el otro-de-mí es fundamental para mi identidad: sin el hermano o la hermana ni siquiera yo puedo ser hermano o hermana de alguien. El concepto de hermano o de hermana es un concepto relacional que implica necesariamente la existencia del otro. O logro acoger al otro como importante para mí, o viviré siempre en la tensión de quien no sabe soportar la diversidad del otro.

¿De dónde deriva esta diversidad que nos caracteriza? La biología diría que deriva de la evolución de la especie, porque cuanto más una especie es variada en su interior, tanto mayores posibilidades tiene de sobrevivir en ambientes también muy diversos entre sí. La teología nos dice que esta diversidad deriva de Aquel que por excelencia es el artífice de la pluralidad de los carismas y de la multiplicidad de las gracias: el Espíritu Santo. Una mirada teológica sobre la fraternidad nos pide que demos un paso más y reconozcamos que como fundamento de la fraternidad está Dios.

2. La relación constitutiva con Dios

Si nos llamamos hermanos y hermanas entre nosotros, y reconocemos que lo somos realmente, es porque tenemos en común un padre. Todos los hermanos y las hermanas derivan, de hecho, de un origen único. Al comienzo de la conversión de Francisco está precisamente la intuición que Dios es el Padre, el único verdadero padre, del cual todos dependemos. Releamos el episodio del denominado “despojo” de Francisco, porque es precisamente allí que encontramos la raíz de su conciencia de ser hijo de Dios y hermano universal. Tengamos presente la raíz de este pasaje cuando veremos esta tarde los frescos de Giotto en la basílica superior de San Francisco.

Pietro, [el papá de Francisco], Después se presentó en el palacio del común y formuló querella ante los cónsules contra su hijo, reclamando que le fuera devuelto el dinero que le había sido sustraído de su casa. Los cónsules, viéndolo tan enojado, citan o mandan llamar por pregón a Francisco para que comparezca ante ellos. Como respuesta al pregón, dijo éste que por la gracia de Dios era ya libre y no estaba bajo la jurisdicción de los cónsules, porque era siervo del solo altísimo Dios. [...] Viendo el padre que nada conseguía de los cónsules, presentó la misma querella ante el obispo de la ciudad. El obispo, empero, discreto y sabio, lo citó en la debida forma para que compareciera y respondiera a la demanda del padre.

[...] El Varón de Dios [Francisco] se levantó rebosando de alegría y confortado con las palabras del obispo; y, llevando ante él el dinero, le dijo: «Señor, no sólo quiero devolverle con gozo de mi alma el dinero adquirido al vender sus cosas, sino hasta mis propios vestidos». Y, entrando en la recámara del obispo, se desnudó de todos sus vestidos y, colocando el dinero encima de ellos, salió fuera desnudo en presencia del obispo y de su padre y demás presentes y dijo: «Oídme todos y entendedme: hasta ahora he llamado padre mío a Pedro Bernardone; pero como tengo propósito de consagrarme al servicio de Dios, le devuelvo el dinero por el que está tan enojado y todos los vestidos que de sus haberes tengo; y quiero desde ahora decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, y no padre Pedro Bernardone». Y entonces se vio que el siervo de Dios llevaba bajo sus vestidos de colores un cilicio a raíz de la carne.

Levantándose su padre, enfurecido de íntimo dolor y de ira, cogió el dinero y todos los vestidos y se los llevó a su casa. Pero aquellos mismos que habían presenciado la escena, se indignaron contra él por no haber dejado ni una mínima prenda a su hijo. Y, movidos a compasión por Francisco, empezaron a llorar abundantemente. Mas el obispo, considerando atentamente el coraje del varón de Dios y admirando con asombro su fervor y constancia, lo acogió entre sus brazos y lo cubrió con su capa. Comprendía claramente que lo había hecho por inspiración divina y reconocía que en lo que acababa de ver se encerraba no pequeño misterio. Y desde este momento se constituyó en su protector, exhortándolo, animándolo, dirigiéndolo y estrechándolo con entrañas de caridad. (*Leyenda de los tres compañeros*, cap. VII, § 19-20, FF 1419).

La relación fundamental con Dios se vuelve la roca sobre la cual Francisco construye su identidad personal. También en este caso, no tenemos que ver con un elemento accesorio, sino con algo estructural. Sin esta relación, nosotros humanos nos encontramos como sin raíces, y un árbol sin raíces dura poco.

Seguramente ustedes conocen a muchas personas que dicen que no creen en Dios o que simplemente esperan que Dios exista, pero que nunca se han puesto hasta el fondo el problema de dar un nombre, un rostro a este Dios esperado. Francisco nos recuerda con el ejemplo y con sus palabras que no sólo Dios está, sino que es fundamental para nuestra vida: no podemos vivir sin Él, porque nuestra misma persona tiene su origen en Él.

Al culmen de su experiencia de vida Francisco experimenta en el monte de Alverna la comunión más profunda con Dios, que se vuelve también carne de su carne en los estigmas. En ese monte Francisco compone una de las oraciones más bellas de la tradición cristiana: las *Alabanzas de Dios altísimo*. Se trata de una alabanza que brota del amor que reconoce en el

otro, en Dios, un “tú” a quien dirigirse, sin el cual nosotros nada tenemos. He aquí sus palabras:

Tú eres el santo, Señor Dios único, el que haces maravillas.
Tú eres el fuerte, tú eres el grande, tú eres el altísimo,
Tú eres el rey omnipotente; tú, Padre santo, rey del cielo y de la tierra.
Tú eres trino y uno, Señor Dios de dioses,
Tú eres el bien, todo bien, sumo bien, Señor Dios vivo y verdadero.
Tú eres el amor, la caridad; tú eres la sabiduría,
Tú eres la humildad, tú eres la paciencia,
Tú eres la hermosura, tú eres la mansedumbre,
Tú eres seguridad, tú eres quietud, tú eres gozo,
Tú eres nuestra esperanza y alegría,
Tú eres justicia, tú eres templanza
Tú eres toda nuestra riqueza a saciedad.
Tú eres la hermosura, tú eres la mansedumbre,
Tú eres el protector, tú eres nuestro custodio y defensor;
Tú eres la fortaleza, tú eres el refrigerio.
Tú eres nuestra esperanza, tú eres nuestra fe, tú eres nuestra caridad,
Tú eres toda nuestra dulzura,
Tú eres nuestra vida eterna, grande y admirable Señor,
(*Alabanzas al Dios Altísimo*, FF 261).

Ahora, si Dios es fundamental para la existencia de cada persona humana, comprenderemos que Él no puede dejar de ser también el origen de todo lo que nos circunda.

3. La relación constitutiva con las demás criaturas

No lo dice sólo la Revelación, la Sagrada Escritura que lo dice. Cuando comprendo que mi persona no tiene sentido sin la referencia a Aquel de quien provengo, intuyo que este origen es aquello del cual brota también todo con lo que yo entro en relación, porque nosotros humanos sin el mundo que habitamos no podríamos vivir. Por tanto, si Dios es fundamental para mi vida, será también fundamental para todo lo que me da vida. He aquí entonces que la fraternidad vivida con relación a las demás personas humanas se amplía a una mirada que acoge a todo el cosmos en un abrazo de bendición.

Francisco puede cantar el *Cántico de las criaturas* como Alabanza a Dios por el don de cada elemento que nos nutre y nos da vida, nos sostiene y nos alimenta.

Altísimo, omnípotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, corresponden,
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.
Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
el cual es día, y por el cual nos alumbras.
Y él es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.
Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.
Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.
Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche,
y él es bello y alegre y robusto y fuerte.
Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba.
Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor,
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que las soporten en paz,
porque por ti, Altísimo, coronados serán.
Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!: bienaventurados aquellos a quienes encuentre en tu santísima voluntad,
porque la muerte segunda no les hará mal.
Load y bendecid a mi Señor,
y dadle gracias y servidle con gran humildad.
(*Cántico del hermano sol o de las criaturas*, FF 263).

Esta mirada bendiciente, es de lo más importante para nosotros hoy ya que es tan dramática la situación que estamos viviendo en la actual crisis ecológica mundial. La fraternidad que vivimos como franciscanos no puede dejar de tomar en consideración también todas las demás criaturas que, como nosotros, dependen de su mismo origen. Como franciscanos, nosotros estamos llamados a asumir la actitud de fraternidad también para con las demás criaturas, según aquel espíritu que anima a Francisco cuando, al concluir la oración *Saludo a todas las virtudes*, pide que los cristianos se preparen para acoger con obediencia también lo que proviene de las criaturas inferiores a nosotros.

La santa obediencia
confunde a todas las voluntades corporales y carnales,
(y toda voluntad propia) y tiene mortificado su cuerpo para obedecer
al espíritu y para obedecer a su hermano,
y está sujeto y sometido a todos los hombres que hay en el mundo,
y no únicamente a solos los hombres,
sino también a todas las bestias y fieras,
para que puedan hacer de él todo lo que quieran,
en la medida en que les fuere dado desde arriba por el Señor
(*Saludo a las virtudes*, vv. 14-18, FF 258).

He dicho “criaturas inferiores a nosotros”, porque esta era la manera de pensar del hombre medieval, y porque esto es en el fondo también nuestro modo de pensar. Nosotros humanos pensamos ser superiores a los animales y a los vegetales. La conversión que nos pide Francisco es la de considerarnos “menores” de todos, obedientes también a las demás criaturas. De este modo ya no hay más criaturas superiores y criaturas inferiores, sino realmente todos somos hermanos y hermanas del único Dios.

Ciertamente, a nosotros humanos nos ha sido confiado el cuidado de las demás criaturas, nosotros somos ministros de Dios en la creación, pero esto es un llamado a nuestra responsabilidad más que una concesión a nuestro libre arbitrio.

Recorramos los tres puntos que hemos analizado (la relación constitutiva entre las personas; la relación constitutiva con Dios; y la relación constitutiva con las demás criaturas), y mientras hoy tratamos de meditarlos, pensemos qué pasos concretos podemos hacer hoy para convertir nuestro corazón según la intuición de Francisco, y ser en el mundo portadores de la buena nueva de la fraternidad universal.

Fray Ernesto